

diferencias que subsistian hacia tanto tiempo entre la sede apostólica y la Francia, se concluyeron al fin en tiempo de este pontífice. Su vida había sido siempre exemplar; pero luego que fué ensalzado á la cátedra de san Pedro, muy lejos de que lo elevado de su puesto le hiciese creer que podía imitar la pompa y magnificencia de los soberanos, pensó que quanto mas expuesto estaba á la vista del mundo, tanto mas debía darle exemplo con costumbres sencillas y christianas. Arregló el gasto de su mesa con tal mediana, que muchos particulares no habían querido reducirse á ella. Suprimió todos los empleos que no servian mas que para el fausto y la ostentacion, y que eran muy gravosos por las rentas y honores anexos á ellos. Alejó á sus parientes de los grandes cargos que les hubieran dado demasiada autoridad, y jamas les confió el manejo de los caudales públicos. Su mayor gasto era con los pobres, á quien llamaba sus sobrinos. No les escaseaba nada, y acudia con abundancia á todas sus necesidades. Gemia muy á menudo al pensar en las guerras que las potencias christianas se hacian unas á otras casi siempre por envidia y por ambicion, mas bien que por causa de interes racional, entre tanto que los infieles se aprovechaban de estas desuniones para extender sus conquistas, ó reparar sus pérdidas. Este pontífice, á quien los protestantes no han podido ménos de elogiar, murió en el mes de septiembre del año 1700, estando llena Roma de un prodigioso número de peregrinos que el jubileo del año santo había acarreado de todas partes el mundo católico. Tenia ochenta y seis años de edad, y había empezado el día de su pontificado. Inocencio XII. tuvo por sucesor al cardenal Juan Francisco Albani, que tomó el nombre de Clemente XI., y que ocupó la silla apostólica hasta el año 1721. Este pontífice, uno de los mas virtuosos y mas doctos que han gobernado la Iglesia en estos últimos tiempos, fué elegido por votos unánimes; prueba bastante manifiesta de la opinion que todos sus compañeros en el cardenalato tenian de su mérito. Eloquente en su lengua natural y en la de los antiguos romanos, igualmente versado en las letras divinas y humanas, tan práctico en el conocimiento de los hombres, como de los negocios, acreditó la eleccion de los que le habian colocado en el tron-

de la religion. Su pontificado pertenece todo entero al Siglo XVIII., por lo qual no hablaremos palabra de los sucesos que acaecieron en él, siendo el término de nuestro trabajo el fin del diez y siete.

Delineando en este artículo el caracter de los doce papas que han ocupado la silla apostólica desde Clemente VIII. hasta Clemente XI., no hemos hablado de muchos negocios principiados ó concluidos en el pontificado de unos y otros, porque hallarán su lugar natural en algunos de los artículos siguientes. Empezarlos en una época para volver á tomarlos en otra, hubiera sido separar unos objetos que deben estar juntos, y no formar mas que un cuerpo. El órden de las cosas, y la claridad de la narracion piden que se reunan todas las circunstancias que tienen conexion con un mismo asunto, que es el plan que hemos seguido hasta ahora.

ARTÍCULO IV.

Estado de la religion en Alemania y en los reynos del Norte.

El protestantismo había hecho desde su origen tantos esfuerzos, primero para introducirse y extenderse, despues para afirmarse, y rechazar las oposiciones; por último, para adquirir un estado fijo, y una consistencia firme y sólida, que podía gozar en virtud de los tratados, de los privilegios alcanzados por la fuerza, y concedidos por la política; pero es cosa muy difícil que la paz reyne mucho tiempo en un país, cuyos moradores están desunidos por la diferencia de la doctrina que profesan, y del culto que observan. Ademas de las inquietudes y rencores que nacen de estas dos causas, se observan de muy cerca los diversos partidos, y son tan zelosos, unos por conservar lo que les ha costado trabajos inmensos, y otros por recobrar lo que han cedido contra su voluntad, que nunca dexan de sobrevenir muy pronto nuevos motivos de quejas y de rompimiento. Solamente podía mantener el equilibrio una entera igualdad de poder, y de medios en uno y otro partido; pero aunque los protestantes hubiesen conseguido ponerse á cubierto baxo de la proteccion de las leyes, y componer

Siglo
XVII.

parte del cuerpo germánico, la fuerza y la autoridad, á pesar de su grande número, estaban de parte de sus contrarios. La cabeza del imperio, que lo era al mismo tiempo de una casa poderosa, y ocupada sin cesar en su acrecentamiento, tenia un interes continuo en estrecharlos, debilitarlos y molestarlos en el ejercicio de sus privilegios, mirados siempre como usurpaciones, para proporcionar el instante de despojarlos de ellos de todo punto; además de que estaban poco acordes entre sí. Los luteranos, padres y fundadores del protestantismo, tenian dogmas, y una disciplina que no convenian en muchos puntos esenciales con la disciplina y dogmas de los calvinistas; estos por su parte, que formaban la segunda rama de la familia protestante, tenia una creencia y política muy distintas de las que las iglesias luteranas se mostraban zelosas de conservar. Tampoco se ignora que los discípulos de Lutero habian rechazado lejos de sí por mucho tiempo á los de Calvino y á los otros sacramentarios, como novadores; y que si al cabo habian consentido en tratarlos como á hermanos, esta union, efecto de sola la política, no destruyendo la diferencia de opiniones, no destruía tampoco la diversidad de máximas y de intereses que hacían por lo regular á estas dos clases de protestantes de Alemania tan opuestas una á otra, como lo eran ambas al gremio católico.

Habia, pues, dentro del imperio tres comuniones, tres cuerpos religiosos, que se miraban con envidia, y que buscaban todos los medios de alcanzar la superioridad uno sobre otro. Los católicos componian la primera, que era la mas numerosa como mas antigua. No podía olvidar que mucho tiempo habia sido sola sin ninguna otra contraria, sin igual, y que las otras no habian tenido sér sino por medio de los mas violentos vayvenes, y arrancándola las entrañas. Estas, que parecian estar unidas, y que con efecto lo estaban en todas las cosas relativas á su interes comun, y á su seguridad mútua, tenian contra sí no solo su novedad, y los medios de que se habian valido para ser admitidas en el cuerpo político, sino tambien toda la sangre con que habian cimentado los fundamentos de su grandeza actual; y asimismo esta grandeza, que no se componia

Siglo
XVII.

sino de usurpaciones hechas á fuerza de armas y de despojos tomados á unos dueños que todavía los reclamaban. Ellas mismas no podian dexar de conocer que su origen estaba marcado con una mancha que no se podia borrar, que habian tenido su acrecentamiento en medio de los alborotos, que no poseian otra cosa que lo que habian hurtado violentamente, y que si habian conseguido que se les tolerase, era haciéndose temibles. De aquí habian de suponer en el corazon de los católicos un vivo resentimiento de sus pérdidas, y un deseo vehemente de castigar, y aun de estrellar, si se pudiese, á los que habian invadido sus bienes, sus derechos, y su autoridad.

De estas observaciones se infiere, que las varias porciones del cuerpo germánico, divididas por la religion, y por los intereses que resultaban de su situación respectiva, estaban en la realidad en un estado de guerra unos respecto de otros, aun quando en lo exterior parecia que vivian entre sí en la mas profunda seguridad. No se necesitaba mas que el concurso de ciertas circunstancias, ó algun suceso que pudiese poner en cuidado, para declarar unas disposiciones de que no se recataban, y para encender en el imperio una llama mas violenta quizá que aquellas cuyos estragos no se habian reparado todavía. Sin embargo, la religion tuvo poca parte en los sucesos que acacieron en los últimos años del emperador Rodulfo II., que corresponden á este siglo: solo los principes protestantes se aprovecharon de su debilidad y de su indolencia para afirmarse en la independencia, que habia sido en los mas el motivo real de su mudanza; y el archiduque Matias su hermano, que le sucedió muy en breve, le obligó por medio de sus artificios, á cederle consecutivamente las dos coronas de Hungría y de Bohemia. Este proceder de Matias, que no se puede disculpar de violencia y de injusticia, llenó de amargura los últimos dias de Rodulfo; y así murió de pesadumbre en el mes de enero de 1612, no habiendo sido muy glorioso su reynado.

Algunos años ántes de la muerte de Rodulfo un suceso particular habia dado á conocer cuáles eran las disposiciones reciprocas de católicos y protestantes; y se pudo conjeturar que no tardaria en hacerse entre

ellos un rompimiento ruidoso. La ciudad de Donawert, entonces imperial, habia abrazado la reforma. Sin embargo, los católicos habian conservado en ella la abadia de santa Cruz, y se les permitia ejercer su religion con tal que no saliesen de los limites señalados. El abad intentó hacer una procesion por la ciudad, sin embargo de la prohibicion del magistrado. Este, pretendiendo que su autoridad era despreciada, y perturbado el órden público, excitó al populacho contra el clero que iba en el acompañamiento, y los católicos que asistian tambien. Empezóse por injurias, y se acabó en golpes. El abad dió sus quejas al emperador, y este príncipe comisionó al duque de Baviera para examinar los hechos. Habiendo recibido los informes, publicó contra la ciudad de Donawert el bando del imperio, y comisionó tambien al duque de Baviera para la execucion. Este príncipe cumplió con rigor las órdenes que habia recibido, se apoderó de la ciudad, y se la apropió para resarcirse de los gastos que habia tenido en esta expedicion. Desde entónces quedó Donawert unida con el dominio de la casa de Baviera, y ha formado parte del circulo de este nombre: ántes pertenecia al circulo de Suavia. Algunos autores han mirado este suceso como la primera chispa de la guerra de treinta años, que se encendió muy poco despues, y que desoló toda la Alemania.

La primera hoguera de esta guerra, una de las mas sangrientas y mas refuidas de que se haya hecho mencion en las historias modernas, se formó en la Bohemia. Habia mucho tiempo que reynaba en este pais un principio de fermentacion, que obraba fuertemente en los ánimos, y que habia causado efectos en extremo deplorables. Sea que el pueblo de estas comarcas fuese mas capaz de aquel fanatismo fervoroso y feroz, que origina las guerras de religion, sea que unas pasiones extranas, y bastantes para producir los mas violentos veyenes, tuviesen el arte de cubrirse, como en otras partes con el pretexto siempre tan engañoso de defender los intereses del cielo, y de apoyar los altares; lo cierto es que en ninguna parte habia llegado á tanto el furor de estos combates. Ya se hará memoria de que en tiempo de los hussitas, los bohemos, encarnizados en

destruirse entre sí, habian hecho correr rios de sangre, Siglo XVII.
pues no se mostraron ménos furiosos, ni ménos sedientos de estragos en esta nueva guerra. Han acusado á los católicos de haber dado lugar á ella, y tal vez no sin algun fundamento. Apoyados en la autoridad suprema en tiempo de Matias, comenzaron por inquietar á los protestantes en el ejercicio de su culto; y como el zelo imprudente no se contenta jamas con el primer ímpetu, se llegó á destruir algunos de sus templos. Irritados, y no respirando mas que venganza, en lugar de reclamar sus privilegios por medios jurídicos, tomaron las armas; y una vez dado este primer paso, ni las desgracias, ni los reveses mas funestos fueron capaces de reducirlos á pensar en la paz. Todos los estados protestantes de Alemania tomaron parte en su disputa. Todos los estados católicos, unidos con la cabeza del imperio, formaron una liga contra ellos; y ambos partidos pelearon con sucesos diversos, é igual encarnizamiento. Esta guerra, que sumergió al imperio en un abismo de desdichas, se ha llamado la guerra de treinta años, porque habiendo empezado el de 1619, no se concluyó de todo punto hasta el de 1648.

En el año 19 de este siglo, pues, es donde se ha de empezar la larga série de calamidades, de que fueron la verdadera causa el falso zelo y la ambicion, y la religion el pretexto. La Bohemia se rebeló contra Fernando II. su legitimo soberano. Los estados que se congregaron para nombrar rey, eligieron á Federico V. conde Palatino del Rhin, elector y cabeza de la liga protestante. Su exáltacion, que duró poco, fué la causa de sus desgracias; y su caída, que se siguió muy en breve, acató la de su casa. Fernando, que siempre hizo la guerra desde su gabinete, semejante en esto al inmortal Carlos V. rey de Francia, al qual ni con mucho se parecia en lo demas, tuvo diestros generales, que pelearon, y vencieron por él. Tilly, uno de los grandes capitanes de este siglo, al frente de las tropas imperiales y bávaras, destruyó el ejército de Federico, que no hacia mas que un año que tenia el título de rey. Este príncipe desgraciado, mal socorrido por sus parientes y aliados, tuvo que refugiarse en Holanda, en donde vivió en humillacion y tristeza. El año siguiente 1621

Siglo XVII. fué citado á comparecer, borrado del número de los príncipes que componen el cuerpo germánico, y despojado de sus estados, que pasaron á la casa de Baviera, cuya cabeza era entonces el duque Maximiliano, príncipe ambicioso, militar diestro, político astuto, que se aprovechó casi solo de las turbaciones del imperio, y que se hizo pagar á muy buen precio los servicios que hizo al emperador.

Victorioso Fernando, y no viendo á ninguno en el imperio que pudiese resistirle, tuvo por favorable el tiempo para executar el plan de dominacion que habia formado, y que desde Carlos V. era la mira á que se dirigia su casa. Para conseguirlo era de mucha importancia debilitar la liga protestante, dándole nuevos golpes, y ganar mas y mas á los católicos, cediéndoles una parte de los bienes que veían con sentimiento en manos de sus enemigos. Este fué el motivo del famoso edicto que publicó en el mes de marzo de 1629. El emperador disponia por esta ley general la restitution de todas las abadías, y demas bienes eclesiásticos de que se habian apoderado los protestantes despues de la paz de Passaw del año 1552, y permitia á los príncipes católicos obligar á los que no eran de su religion á salir de sus estados. El edicto añadida, que qualquiera que se opusiese á ello, ó impidiese su execucion, seria citado á comparecer. Fuese miedo, ó no poder mas, la mayor parte de los estados se sometieron; pero era imposible que semejante ley pudiese executarse sin dar motivo á una infinidad de disputas. Con efecto, movianse por todas partes, y siempre se decidían en favor de los católicos. Si Fernando hubiera parado aquí, tal vez no habria resultado otra cosa que quejas inútiles; pero desposeyóse al duque de Meckelburg, cuyos estados dió á Walstein, uno de sus generales. Puso en la silla de Magdeburg un príncipe de su casa, sin embargo de tener este obispado un coadjutor de la casa de Saxonia; cargó impuestos arbitrarios sobre las ciudades y distritos, é hizo ademas muchos actos de autoridad que tiraban al despotismo. Los misinos católicos se quejaron de opresion, y de trastornarse las leyes y libertad germánica, de donde resultó que Fernando, mirado ya por los protestantes como enemigo declarado de su comunión, tuvo tambien contra sí los príncipes

y estados que seguían el antiguo culto, á quien sus ideas Siglo XVII. y empresas causaban la mayor zozobra.

Al mismo tiempo se iba criando en el centro del Norte un héroe, que habia de llenar muy en breve la Europa con la fama de su nombre, y la Alemania con los funestos efectos de su valor. Este era Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que desde el principio de su carrera anunciaba las heróycas acciones, y los sucesos memorables de que no tardaria en ser el autor. Sus primeras hazafias contra los dinamarqueses, polacos y rusos lo hicieron dueño de muchas provincias, y lo dieron á conocer á los enemigos de la casa de Austria, como instrumento de que habian de servirse para humillarla. El cardenal de Richelieu, cuya política no tenia exteriormente otro fin, que este abatimiento, no dexó perder tan buena ocasion de hacer efectivos sus proyectos. Hizo un ajuste con el héroe del Norte, y muy pronto tuvo la satisfaccion de ver cumplidas sus ideas por medio de unas victorias que parecían milagrosas. El rey de Suecia empezó las hostilidades el año 1630. La liga protestante, que en los principios habia titubeado en elegirlo por cabeza, no tardó en unirse con él, lo que le proporcionó entregarse á su genio, é intentar mayores empresas que las que se habia propuesto, volviendo sus armas contra el emperador. No tenia mas que quince mil hombres á sus órdenes al entrar en campaña; pero muy pronto tuvo quarenta mil dispuestos á seguirlo en medio de los riesgos que su exemplo les enseñaba á despreciar. Recorrió la Alemania conquistando, sin que Tilly y Walstein, capitanes dignos de parangonarse con él, pudiesen retardar su marcha, ó sorprender su vigilancia. No necesitó mas de tres años para apoderarse de todo el país que se extiende desde las orillas del mar Báltico hasta las del Rhin. La potencia austriaca estaba amenazada de una ruina inevitable; pero Gustavo fué detenido de repente en la carrera de sus triunfos. Iba á añadir nuevos laureles á aquellos con que tantas veces se habia coronado, quando fué muerto en el llano de Lutzen, cerca de Leipsick, en el seno de la victoria. Su genio parece que le sobrevivió, y quedó en medio de su ejército para guiar á los xefes, y animar á los soldados. Los generales Bernardo, duque

Siglo de Saxonia, Veimar, Bannier, Lorstenson, Wrangel, dignos discipulos de tan gran maestro, continuaron sus conquistas; y el chanciller Oxestier á la cabeza del gobierno se portó con tanta prudencia, que la falta de Gustavo no alteró nada en los negocios de Alemania.

Fernando III. habia sucedido á su padre el año 1637, y sido testigo como él de la gloria que los suecos continuaban en adquirir á las órdenes de los excelentes capitanes que los mandaban. Opúsoles diestros generales, como los Mercis, los Picolominis, y el archiduque Leopoldo, su hijo, que detuvieron sus progresos por las victorias que les ganaron; pero que no pudieron con esto, ni determinarlos á dexar las armas, ni despojarlos de sus conquistas. La guerra no se hacia, pues, con ménos vigor que en tiempo de Gustavo; y si alguna vez parecia que se entibiaba su fuego, era mas bien por cansancio y debilidad, tanto de unos como de otros, que no por deseo de dexar á su enemigo. Por último, esta debilidad, junta con la desunion que el interes particular habia sembrado entre los miembros de la liga protestante, fué la salvacion del imperio. Negociábase en Westphalia desde el año 1644 para restituir la paz á la Europa, entre tanto que no se cesaba de pelear. Los sucesos de la guerra, que varian por lo comun, siendo ya prósperos, ya adversos, no causaban ménos embarazo á los negociadores, que la multitud y diversidad de los intereses que tenian que conciliar. Por último, despues de trabajos y discusiones prolixas, se convino en un plan general de pacificacion que fixase para siempre los derechos de todas las partes contratantes, la constitucion del cuerpo germánico, las leyes del imperio, los privilegios de las tres religiones recibidas en Alemania &c. Y aunque los suecos habian tambien destruido á los imperiales en Sommerhausen en Franconia el dia 17 de abril de 1648, el tratado, que ponía fin á treinta años de estragos y de desolacion, se firmó solemnemente á 24 de octubre del mismo año. Este tratado es la mayor obra que se ha hecho en esta linea. Igualmente apreciable á todas las potencias, es el fundamento del derecho público de las naciones, y ha servido de basa á todos los ajustes que despues se han arreglado entre los soberanos.

Siglo El Interánismo se habia hecho la religion nacional Siglo en Suecia desde que habiendo recibido Gustavo Vasa la XVII. confesion de Ausburg, y apoderádose de los bienes del clero, habia atraído al senado á sus ideas, y este tribunal supremo habia autorizado la mudanza de culto con una ley solemne é irrevocable el año 1544. Lo mismo sucedia en Dinamarca desde que Federico I. el año 1526, y Christiano III. el de 1537 habian abolido la religion católica en sus estados. Sin embargo, todavía quedaban, en uno y otro reyno, un número bastante crecido de personas fieles al antiguo culto, que lo exercian en secreto, y que miraban su destruccion como la mayor desgracia que podia haber experimentado su patria; pero estos católicos, tenian contra sí el cuerpo de la nacion, y estaban reducidos á pedir por el restablecimiento de la religion de sus padres, sin esperar no obstante tiempos mas felices, habiéndose convertido en cisma todas las clases del estado, y teniendo los mas razones de interes para perpetuarlo; razones que casi siempre son mas fuertes que la voz de la conciencia, y que casi siempre consiguen sofocarla. Algunos misioneros, no obstante los riesgos á que se exponian, se dedicaban á la instruccion de estos católicos, y los mantenian en sus piadosas disposiciones: pero sus trabajos, cubiertos con gran cuidado con el velo de la prudencia y del misterio, para no dar sospecha al gobierno, no servian mas que para mantener las endeables reliquias del catolicismo, que no habia cedido á la violencia de la tempestad. Sin embargo, la Suecia parecia pensar mas á favor de la comunion romana en el Reynado de Juan III, segundo hijo de Gustavo Vasa, que se habia casado con Catalina, hija de Segismundo Augusto, rey de Polonia. Esta princesa, que era católica, y zelosa por su religion, se valió de todo el dominio que su talento y virtud le habian dado sobre su esposo, para persuadirlo á restablecer el culto antiguo. Juan se inclinó á las ideas de la reyna, de modo que habia algunas esperanzas; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Las resultas de esta nueva resolucion que habria ocasionado la restitucion de los bienes usurpados al clero, espantaron á los suecos, sobre todo á los grandes, que se habian enriquecido por este medio; de suerte, que mas

bien el interes que no la persuasion los detuvo en el cisma. Habiendo muerto la Reyna Catalina, perdió juntamente con ella el catolicismo su principal apoyo; y como Juan desazonado con los obstáculos, contrao segundo matrimonio, no pensó mas en la idea que su primera muger le habia sugerido.

Entre los misioneros que se dedicaron al servicio de los católicos en los estados de Alemania y del Norte, donde dominaba el protestantismo, no hay otro de mérito mas conocido, de virtud mas heróyca, ni de trabajos mas fecundos que el ilustre Nicolas Stenon, obispo de Titiópolis. Nació en Copenhague, capital de Dinamarca, el año 1638. Criósele en la heresia de Lutero, por la desgracia de su nacimiento. Sus primeros estudios que tuvo en su patria fueron de los mas brillantes. Concluidos, pasó á Leyden, donde residió algun tiempo. La medicina era el principal objeto de su aplicacion, á que se añadia la física y todas las demas ciencias naturales. Tampoco habia omitido la teología; pero los maestros con quien la habia estudiado, imbuidos como él en los errores mamados con la leche, no le pudieron dar sino lecciones que lo confirmasen en sus preocupaciones. Habiendo corrido las mas célebres universidades de Alemania para conferenciar con los sábios, y adquirir con su trato nuevos conocimientos, vino á París, donde por conformidad de gustos trabó amistad con los sugetos que pasaban por hábiles en las ciencias que él cultivaba. Entónces fué quando tuvo ocasion de conocer al Ilustrísimo Bossuet. Las conversaciones que tuvo con este hombre célebre empezaron á desvanecer las preocupaciones en que se habia criado contra la Iglesia romana; pero los estudios profanos lo ocupaban de tal modo, que no pensó en aplicar por entónces á otros objetos mas serios toda la atencion que merecian.

Stenon, llevado siempre del deseo de saber ó de perfeccionar lo que ya sabia, pasó á Italia. Allí fué presentado al gran duque de Toscana Fernando II., principe muy instruido, amigo de las letras, y protector de los sábios, como todos los de su casa, quien conoció el mérito de Stenon, y gustó de su caracter; y para fixarlo en su corte le dió el título de médico suyo,

con una pensión crecida. Quanto mas se trató al docto dinamarques, mas se estimó que los beneficios del gran duque le hubiesen hecho hallar en Florencia una nueva patria. Cosme III., que sucedió despues á Fernando II., su padre, lo eligió para cuidar de la educacion de Juan Gaston su hijo, principe niño, que daba entónces grandes esperanzas, pero que con el tiempo no correspondió á los excelentes principios en que se habia criado. Stenon estaba todo ocupado en este penoso y honorífico empleo, quando lo llamó á Dinamarca el rey Christiano V. para que ocupase la cátedra de profesor de anatomia en la universidad de Copenhague. Como ya habia abjurado la heresia de Lutero el año 1669, se le prometió que hallaria en su patria toda la libertad que podia desear en punto de religion; pero no se le guardó la palabra, antes por lo contrario, sus principios religiosos, y su puntualidad en seguirlos, le ocasionaron grandes desazones, lo que le hizo tomar la resolucion de volver á Florencia, donde se le recibió todavía con mas anhelo y generosidad que la primera vez, y se le volvieron los mismos empleos y provechosos de que habia gozado.

Pero Dios que destinaba este buen hombre para mayores cosas, le inspiró la idea de renunciar las esperanzas del siglo, y las ciencias profanas, para abrazar el estado eclesiástico. Luego que hizo este ánimo, se entregó todo al estudio de la religion, cuyo conocimiento adquirió particularmente en la sagrada Escritura, y en las obras de los santos padres, que son las fuentes mas puras de ella. Recibió las órdenes sagradas y el sacerdocio, despues de haberse dispuesto para ello con todos los ejercicios propios para atraer sobre sí la gracia del cielo. Noticioso Innocencio XI. del raro talento, y eminentes prendas de este virtuoso sacerdote, le consagró obispo de Titiópolis en Grecia, para que con el caracter episcopal pudiese servir mejor á la Iglesia. Juan Federico de Brunswick, duque de Hannover, que habia abjurado el luteranismo el año 1651, llamó á su lado á Stenon, y lo pidió al papa, para que lo afirmase en la fe católica, y lo guiasse por los caminos de la piedad. Habiendo recibido el nuevo prelado las órdenes del sumo pontifice, relativas á esto, con el título de vicario

apostólico en todos los países del Norte, puso todo su conato en corresponder á las ideas que Dios llevaba con él. Presentóse en la corte del duque como un enviado del cielo; y en esta época es donde empezaron sus trabajos apostólicos. Animado del mismo espíritu que los predicadores del Evangelio, no tenía otro interés, ni otro anhelo, que la gloria de Dios. Instruir á los católicos, desengañar á los hereges, y procurar su reunion con la Iglesia, esa era toda su ocupacion. Su vida, quando el ejercicio de su ministerio no lo llamaba afuera, era sencilla, retirada y penitente. Dios lo puso por medio para reducir á la comunión romana un crecido número de personas, entre las quales las hubo de superior gerarquía, que hicieron infinito bien con su exemplo, y con la protección que franquaron á los obreros evangélicos.

La muerte del duque Juan Federico, acaecida el año 1679, mudó de repente el estado de las cosas. El piadoso obispo de Titiópolis tuvo que abandonar un rebaño, que por su diligencia se multiplicaba todos los días, y al qual amaba tiernamente; pero su zelo no estuvo por mucho tiempo ocioso. Fernando de Furtemberg, obispo de Munster, vicario de la santa sede como él en todos los países del Norte, lo pidió al papa para que le ayudase. En esta nueva carrera halló Stenon mil modos de satisfacer la sed insaciable que tenia de apartar las almas del vicio y del error. Causaba admiracion su paciencia, que de nada se desazonaba, su serenidad, que jamas se alteraba en medio de las contradicciones y trabajos del ánimo y del cuerpo, su caridad compasiva, que le hacía despojarse de todo, para aliviar á los pobres, su zelo infatigable, que no conocia otro descanso, que variar del ocupaciones y de trabajos. Visitaba la diócesis á pie, á pesar de lo difícil de los caminos, por lo regular intransitables, y de lo riguroso de los inviernos, comiendo lo que encontraba, alojándose en chozas, en donde carecia de todo, predicando en cada pueblo, oyendo á todos sus quejas, haciendo igual acogimiento á pequeños que á grandes, y dando á todos consejos llenos de prudencia y de bondad. Este género de vida lo llevó hasta la muerte de Furtemberg, que acaeció el año 1682. Entonces se retiró á

Hamburgo Stenon, en donde le pareció que podría ejercer su ministerio con fruto. Aquí permaneció poco tiempo, habiendo sido convidado por el duque y duquesa de Meckelburg que habian abrazado la religion católica, á pasar al lado de ellos. Con efecto fué, en la creencia de que Dios tenia intencion de valerse de él para facilitar la conversion de los hereges de este distrito, que querian seguir el exemplo de sus principes. Estableció en Schewerin, capital del ducado, una casa, en donde recogió algunos zelosos cooperarios, que se unieron con él, para trabajar baxo de sus órdenes en la instruccion de los que por naturaleza, ó por seduccion estaban sumergidos en la heregia. Desde allí él y sus compañeros se esparcian por los países inmediatos, desempeñando con un valor y zelo á que no alcanza ningun elogio todas las funciones del apostolado.

Sin embargo de que Stenon se hallaba todavía en aquella edad en que los mas de los hombres se juzgan distantes del término de la vida, con todo, sentia que las fuerzas se le iban disminuyendo. Sus trabajos continuos, su vida mortificada, sus penitencias excesivas le habian apresurado el tiempo de las enfermedades. Padecia hasta muchos años un cólico, cuyos acometimientos freqüentes, y en extremo violentos, le hacian sufrir dolores inexplicables. Sin embargo, no moderaba en nada sus austeridades, ayunando todos los dias, no comiendo carne, no bebiendo vino, ni dando mas que pocas horas al sueño, sentado en una silla, ó echado sobre paja, y cubierto con una capa vieja, que le servia de vestido por el dia. En el mes de noviembre de 1686 sintió los acometimientos de su enfermedad mas fuertes que por lo regular. En los primeros no varió nada su modo de vida; pero habiendo crecido los dolores, y háchese mas grave el peligro, consintió en ponerse en cama. Los remedios no produxeron ningun efecto, y muy en breve llegó á creer que se acercaba la última hora. Dispúsose para ella como regularmente lo hacen las almas puras y religiosas, con puntualidad, con fervor, con un justo tenor de los juicios de Dios, pero sin turbacion y sin espanto. De este modo murió á los quatro dias de enfermedad el dia 25 de noviembre, de edad tan solo de quarenta y ocho años, en opinion de santos. Antes de

Siglo XVII. morir habia escrito al gran duque de Toscana, Cosme III., su bienhechor, dándole gracias de todos los favores que habia recibido de él, y recomendando á este principe tres personas que le eran particularmente afectas, y á quien su pobreza no le permitia dexar nada. El gran duque hizo empeño de corresponder á su confianza, y le continuó su proteccion en las personas de los que le habia recomendado. Asimismo hizo trasladar su cuerpo á Florencia, y colocarlo en el sepulcro de los principes de su casa, manifestando con esto su cariño y respeto á la memoria de este virtuoso prelado.

Bien pudiéramos haber reservado lo que acabamos de decir para el artículo, en que hablemos de las personas de este siglo ilustres en santidad; pero hemos creído, que las circunstancias en que nos hemos introducido con motivo de uno de los misioneros mas célebres de la Alemania y del Norte, estarian mejor en este lugar, en que exponemos el estado de la religion en las tierras que fueron el teatro de sus trabajos.

Ya hemos visto, que desde el tiempo de Carlos V., y de Fernando I., su sucesor en el imperio, se habian propuesto varios proyectos de reconciliacion entre católicos y protestantes sobre los puntos de doctrina en que andaban discordes. Las dietas tambien se habian ocupado mas de una vez en este gran designio. En la de Ratisbona el año 1541 se habian establecido conferencias amistosas entre tres doctores católicos, y otros tantos teólogos reformados, escogidos todos entre los mas hábiles y mas acreditados de ambas comuniones. Tratábase entónces de examinar un escrito compuesto por uno de los teólogos católicos, en el qual se reducian á veinte y dos artículos principales todas las cuestiones agitadas entre la Iglesia romana y los luteranos. Todos estos artículos se examinaron muy por menor en estas conferencias: unos se establecieron, y otros quedaron indecisos. Dispúsose en la dieta, que los primeros serian para ambos partidos puntos de doctrina, en que se hallaban conformes, y que no se disputarian mas, y que en quanto á los segundos se atenderian á lo que decretase el Concilio General. Este es todo el fruto que se sacó de esta tentativa. Las mismas miras habian concurrido á la recopilacion del famoso decreto, conocido con el nombre de *Inter-*

rim, que no era otra cosa, como ya lo hemos dicho Siglo en la historia del siglo XVI., que un formulario de fe XVII. y de disciplina, hecho á vista de los diputados que componian la dieta de 1548, por teólogos de ambas comuniones, y autorizado con autoridad pública, para servir de regla hasta la decision definitiva del Concilio de Trento. Este proyecto de reconciliacion tan deseado, y tan dificultoso se emprendió de nuevo muchas veces baxo el patrocinio de los principes que gobernaron el imperio, desde los tiempos de que hablamos, y siempre con tan poco fruto. El espíritu de soberbia, las aparentes sutilezas, resultas de ella, y la fuerza de las preocupaciones, que por lo comun producen desconfianza y obstinacion, opusieron constantemente los mismos obstáculos á todos los medios que sucesivamente se pusieron para lograr la reconciliacion.

Sin embargo, los que amaban sencillamente la paz, y que se lamentaban de los efectos deplorables del cisma, no se acobardaban. Mas de un siglo habia pasado desde el principio de las disputas. El primer fervor de los ánimos, que sin duda los habia llevado mucho mas allá de lo que hubieran querido, ya habia tenido tiempo de serenarse. Las pasiones exáltadas habian de haberse reducido ya á los limites que su ímpetu les habia hecho desconocer quando no eran capaces de ningun freno. Una experiencia funesta debia haber enseñado á los hombres quantos males nacen de resulta unos de otros, quando una parte del cuerpo religioso rompe con esfuerzo los vínculos que tenian unidos hasta entónces todos los miembros; y una infinitad de sucesos, cuya memoria se conservaba todavia reciente, habia confirmado la maxima tan sabia y tan verdadera, que jamas hay causa legitima para romper los vínculos de la unidad. En este estado de cosas habia lugar de esperar mas que nunca, que si varones prudentes y circunspectos, desasidos de toda passion y de todo interes personal, teólogos versados en el estudio de la antigüedad sagrada, acostumbrados á manejar la controversia con ánimo pacificador y moderado, volvian á entablar las negociaciones tantas veces principiadas, y otras tantas rompidas, podria resultar de esto al fin un tratado de union sólida y durable entre dos comuniones, que por mucho tiempo no habian formado mas que una, y un cuerpo.

Siglo XVII. El emperador Leopoldo, llevado de las mismas ideas que sus antecesores, no deseaba con ménos ansia esta concordia para bien del estado y de la religion. Las dietas se ocuparon de nuevo en esto; Christobal Rochas de Espinola, obispo de Neustadt, ciudad de la Austria baxa, que habia sido confesor de la emperatriz Maria Teresa de Austria, primera muger de Leopoldo, prelado muy instruido, y muy zeloso por la reunion, daba con los ministros luteranos pasos que se dirigian á este fin. En algunos halló disposiciones pacificas, que le animaron para continuar. Leopoldo, satisfecho del buen éxito de lo que habia ya hecho en este negocio, y sabiendo que concurrían en él todas las qualidades apetecibles para concluirlo felizmente, á ménos que no se encontrasen obstáculos invencibles, le hizo dar el año 1691 un rescripto, que lo autorizaba para tratar sobre este punto con todos los principes, estados y países, dexando á su prudencia la eleccion del plan que juzgase por mas conveniente en las circunstancias, y mas á propósito para producir el efecto que se deseaba. Entre todos los métodos de que los controversistas habian usado hasta entonces sin fruto ninguno, quizá por sola la razon de que eran demasiado doctos, el prelado reconciliador prefirió el que Bossuet, obispo de Meaux, habia seguido en la excelente obra de la exposicion de la doctrina católica, publicada el año 1671. Con efecto, este método es sencillo, claro, no sujeto á dificultades, ni cavilaciones, pues consiste en exponer sin aparato, y en términos que todos puedan comprender lo que la Iglesia católica cree y enseña sobre cada punto de doctrina.

Los principes de Brunswick entraron con tanto fervor como sinceridad en las ideas del obispo de Neustadt, y eligieron para que lo acompañase en el trabajo de la grande obra de la reunion, á Molano, uno de los sugetos mas doctos y mas moderados que habia entre los teólogos de la confesion de Ausburg. Habia sido catedrático en la universidad de Hermstat, y adquirido allí un crédito, que le habia grangeado honores y fortuna. Entonces era abad de Lockum, rica abadía del país de Hannover, en donde se iban criando, como en una especie de seminario, los jóvenes que se destinaban para el exercicio de ministros. Nadie era mas á

Siglo XVII. propósito que él para manejar el importante asunto de que se trataba. Ademas de sus vastas luces y de su cabal juicio, estaba habituado al trabajo, amaba sencillamente la paz, y tenia una imparcialidad, tanto mas apreciable, quanto era mas rara entre los del partido. El prelado negociador tuvo muchas conversaciones con él, y se ocuparon juntos por muchos meses en buscar los medios de apartar todos los obstáculos, que habian hecho desgraciar entónces los varios proyectos de reunion que se habian propuesto. Lo esencial era saber, qué rumbo se habia de tomar, que fuese el mas corto y mas seguro para conseguir el fin, evitando todas las cuestiones, cuyo examen no podia contribuir mas que á levantar nuevas nubes, y hacer perder de vista el objeto principal; pero sobre esto no estaban de acuerdo los dos teólogos encargados de la negociacion. Neustadt queria, que segun el método de Bossuet, se empezase por establecer la doctrina, y determinar claramente sobre cada punto controvertido, lo que se debia creer, y lo que desechar. Molano, por el contrario, pretendia, que con preferencia á todo era preciso reunirse, dexando á un lado las diferencias que habia entre las dos comuniones sobre el dogma y sobre la disciplina, despues de lo qual se pasaria á determinar los puntos de doctrina, en que le parecia que no habria mucho trabajo para convenirse, y para que aprobasen su plan, escribió un tratado, que intituló: *Regula*, en el qual hacia el ensayo del método que habia propuesto. Neustadt, encargado de la causa de la Iglesia, y desconfiando de sus propios alcances en una empresa de tanta importancia, quiso tener el dictámen de Bossuet, reputado con razon por el teólogo mas profundo que se hubiese conocido en el mundo christiano desde el tiempo de los padres, con quien podia entrar en comparacion, por el conocimiento cabal que tenia de todo lo perteneciente á la fe y á la moral. Hizo que llegase á sus manos el escrito de Molano, y le expuso los principios que se proponia seguir en este gran negocio. Bossuet hizo los elogios merecidos al zelo, é intenciones del prelado alemán; aprobó el plan á que se habia adherido, como el único que se pudiese practicar; y en quanto al proyecto declarado en el escrito de Molano hacia palpable su insuficiencia, y aun

170 lo arriesgado de él. Bossuet añadía, que el rey enterado de lo que había hecho hasta entonces aprobaba su designio, y que este gran príncipe favorecería su ejecución.

Neustadt no había consultado en los principios al obispo de Meaux mas que para autorizarse con un voto capaz de dar el mayor peso al trabajo que había emprendido, y á los principios que lo dirigían; pero á poco tiempo el prelado francés, ya tan célebre en la Iglesia por las victorias que había ganado á los teólogos mas hábiles de la reforma, se vió al frente de una negociacion que se trataba lejos de él, y en la qual no había intervenido sino por via de consulta. La princesa Luisa Holandina, hija del desgraciado Federico, conde Palatino del Rhin, abadesa de Mambuisson, cerca de Pontoise, era hermana de la duquesa de Hannover, y deseaba ciegamente la conversion de esta princesa y la del duque Ernesto Augusto su esposo. Tuvo por favorables las circunstancias para desengañar á uno y á otro de los errores en que vivían por causa de su nacimiento. Deseó, pues, que se negociase en derecho con Bossuet, y que los escritos que ocurriesen relativos á la reconciliacion se comunicasen con este prelado. En este nuevo estado de cosas eligió la corte de Hannover á Leibnitz, docto de primera clase, y literato casi universal, para mantener correspondencia con Bossuet, y desde este punto tomó la negociacion un giro enteramente distinto del que había llevado hasta entonces.

Ya hemos dicho que Molano proponia la reunion de los católicos y de los protestantes ántes de entrar en la discusion de los puntos sobre que estaban desunidos, como un medio seguro de allanar las dificultades; esto es, que ántes de pasar á exáminar la doctrina, los luteranos por una parte reconocieran al papa como el primero de los obispos en orden y en dignidad, que se someterian al órden gerárquico; y que mirarian á los católicos como hermanos suyos; que por la otra la Iglesia romana recibiria á los protestantes en el número de sus hijos, que no les pediria ninguna retractacion, y que sin atender á las decisiones del Concilio de Trento se congregaria otro Sínodo general, en que los pastores de ambas comuniones tendrian voto deliberativo, y en que las disputas que

Siglo
XVII.

se habían suscitado sobre el dogma se decidirían definitivamente. Bossuet demostró que este sistema de reconciliacion no podia admitirse sin exponer la causa de la Iglesia, y trastornar todos los principios; que prescindir de los decretos pronunciados por el Concilio de Trento sobre los puntos doctrinales era derribar una de las dos columnas de la fe, la autoridad de la Iglesia y su infalibilidad; que no era lícito capitalitar sobre un objeto de esta importancia; y que esto sería abonar todos los falsos principios sobre que había levantado su edificio la reforma. Pero este prelado tan puntualmente instruido en los derechos y máximas de la Iglesia, abría un camino mas fácil y mas conforme con lo que ya se había practicado en semejantes ocasiones, que era disputar amistosamente y con ideas de paz todos los artículos de doctrina sobre que andaban discordes, aclarar las dificultades, quitar las equivocaciones con que se les había ofuscado, como lo había ya hecho Molano con fruto respecto de muchas, sin pretender por eso juzgar de nuevo lo que había decidido la Iglesia, y todavía ménos hacer crítica de sus decisiones; y que despues de esto se juntarian los protestantes para recibir el Concilio de Trento en lo tocante á la fe, y hacerlo ecuménico respecto de ellos, como lo era respecto de los católicos. En quanto á los puntos de disciplina, como la comunión baxo de las dos especies, y algunos otros, ofrecia Bossuet de parte de la Iglesia toda aquella condescendencia que una madre cariñosa puede tener con unos hijos á quien ama, y que se vuelven á ella despues de haberla dexado.

Luego que Leibnitz entró en la negociacion, mudó de objeto la disputa. Este sábio, mas filósofo que teólogo, y mas sutil que instruido en el fondo de las cuestiones, preocupado ademas en favor de la tolerancia de las religiones de que era gran partidario, insistió únicamente en disputar á la Iglesia el privilegio de la infalibilidad. En esto obraba consiguente con su principio; porque si la Iglesia es infalible en sus juicios sobre el dogma, las doctrinas que reprueba no pueden tolerarse despues de su decision. Amontonó mil objeciones unas sobre otras, sin pesarlás, sin prever sus consecuencias, y aun sin considerar si iban directamente contra el fin á que se aspiraba. En vano refutaba Bossuet victoriosamente todas

estas dificultades: en vano le hacía ver que se salía continuamente de la question, que siempre volvía á una misma cosa; como si las objeciones que habia puesto no se hubieran resuelto; y que impugnando el principio de la infalibilidad de la Iglesia respecto de los objetos de la fe, recaía en todos los inconvenientes del espíritu particular, origen de todos los extravíos del entendimiento humano en materia de religion; y que por último, destruyendo este principio, derribaba con una mano lo que quería levantar con la otra, puesto que el nuevo Concilio que proponía juntar para decidir todos los puntos contestados, no tendría mas autoridad que los otros si no era infalible. Estas razones, en las que Bossuet cargaba toda la fuerza de su ingenio y de su eloquencia, parece que no hacían impresion en el ánimo de Leibnitz, de suerte que de su parte siempre volvía á las mismas sutilezas y á las mismas repeticiones. Así que despues de haber escrito y disputado mucho, se halló que todavía no se habia dado un paso tan solo hácia la reunion, como se ve por los papeles relativos á este negocio, que se han recogido con cuidado en el primer tomo de las obras póstumas de Bossuet, para que sirvan en otro tiempo; si es que Dios pone algun día en el corazón de nuestros hermanos desearriados un deseo eficaz de dexar el cisma, y de romper la venda que les oculta la verdad. Todo católico debe hacer promesas fervorosas para que lleguen quanto ántes estos felices instantes; porque nadie es digno de distraer de los provechos que se gozan en el seno de la Iglesia, si mira con indiferencia la ceguedad y obstinacion deplorable de los que el error ha seducido.

ARTÍCULO V.

*Estado de la religion en Inglaterra, Escocia
y Holanda.*

Las leyes severas de la reyna Isabel contra los católicos, y el rigor indextible con que se habian puesto en execucion, traxeron la Iglesia de Inglaterra al estado mas deplorable á fines del siglo XVI. A todos los obispos que no habian querido reconocer la superioridad, y admitir la liturgia nueva, se les desterró ó encarceló. Mu-

chos habian muerto en las prisiones, y los otros habian acabado sus dias en los lugares en donde habian buscado asilo. Solo uno quedaba todavía; que era Tomas Goldwel, obispo de san Asaph en el principado de Gales, retirado á Roma, y de edad muy avanzada. El clero católico, compuesto de sacerdotes nacionales y de misioneros extranjeros, carecía de cabeza; y en el estado en que se hallaban entónces los negocios de la religion, esta falta de una cabeza que fuese capaz por su autoridad de dirigir los ministros inferiores, y de dar solucion á las dificultades que frecuentemente ocurren en el exercicio del ministerio espiritual, estaba sujeta á grandes inconvenientes. Eclesiásticos y legos lo conocían igualmente, y por tanto se unieron para hacer sobre esto sus representaciones á Clemente VIII. Este pontifice, compadecido de sus quejas, y persuadido como ellos de que la Iglesia de Inglaterra se iria debilitando cada vez mas siempre que estuviese privada de los bienes que trae consigo el ministerio episcopal, persuadió al obispo de san Asaph á volver á su patria. Este prelado, recibidas las órdenes del papa, se puso en camino; pero no habiéndole permitido sus enfermedades continuar, volvió á Roma, en donde murió de allí á poco tiempo, perdiendo en él la Iglesia de Inglaterra el último de los obispos que habian sobrevivido á la revolucion.

En este reyno habia misioneros que para dominar con mas imperio, y hacerse dueños de todo en el órden espiritual no querian que el papa enviase á él obispos. Persuadieron á Clemente VIII. que para gobernar la Iglesia en el estado actual de cosas, bastaba dar al clero católico una cabeza tomada del segundo órden, y que para tenerla en continua dependencia de la santa sede, bastaba concederle el título de Arcipreste. Este proyecto se executó; pero á excepcion de los que lo habian propuesto, todos los eclesiásticos y los mas de los legos quedaron descontentos con él. Quejáronse altamente de que una Iglesia tan antigua como la de Inglaterra, tan recomendable por los grandes hombres que habia producido, y que merecía atencion todavía mas particular en el estado de prueba y de persecucion en que se hallaba, se pusiese en el pie de una simple mision; pero los que habian manejado este negocio conforme á sus ideas par-